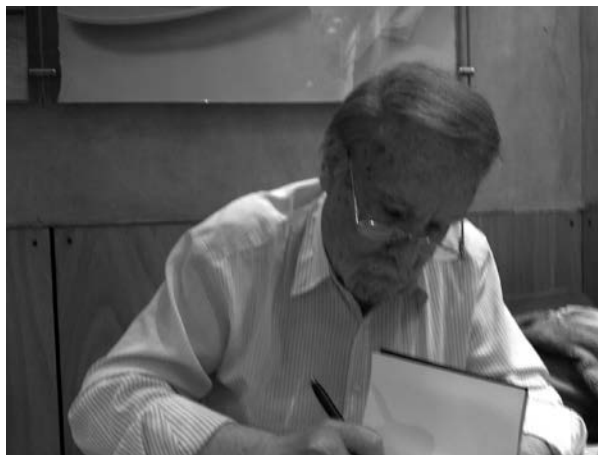


GUILLERMO AGUIRRE / RETRATO FRAGMENTARIO DE MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA DESDE SU CENTENARIO

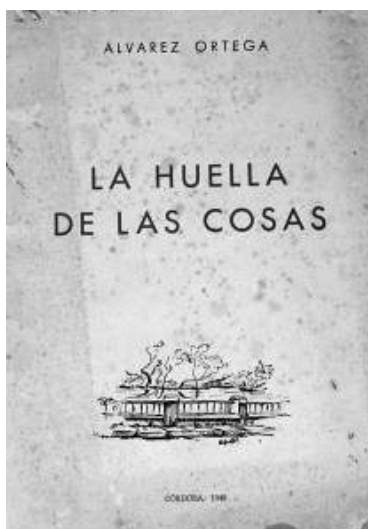
El 4 de marzo de 2023 se cumplen cien años del nacimiento de Manuel Álvarez Ortega, poeta cordobés fallecido en Madrid en 2014 y autor de un legado que no cabe acomodar a una tradición o corriente generacional. En rigor, no es posible limitar su poética a las premisas fijadas a los dominios expresivos que, acompañadamente a su intensa labor como traductor, permearon y arraigaron con énfasis en su imaginario, en alusión a la corriente surrealista e incluso a la simbolista de ámbito francés, en este último caso desde un afán marcadamente disolutivo. Pese a que ambas estéticas dejan sus ecos y reflejos en su mundo de imágenes, dotándolo en consecuencia de densidad y riqueza expresiva, lo cierto es que a lo sumo componen un solo miembro de lo que adopta, en referencia al cuerpo poético del autor, el aspecto de una esfinge.

Se han escrito, en relación con esta caleidoscópica fisonomía, no pocas páginas sobre la deuda de la poesía de Álvarez Ortega con tradiciones temporal o geográficamente remotas. Cabe pensar, además de en las corrientes arriba nombradas, en la lírica barroca española o en la metafísica inglesa; también, incluso, en las escorzadas formas expresionistas o en los ecos árabe-andaluzes que sobrevuelan o anidan en concretos dominios de su imaginario. Todas estas huellas resultan, sin duda, notorias, como también las remitentes a la poesía española de posguerra, pero, una vez más, se revelan insuficientes para definir un objeto tan poliédrico como fragmentarios son los sucesivos rostros que, en un registro plástico, el autor pintó obsesivamente en los años 70 y 80.




 Manuel Álvarez Ortega

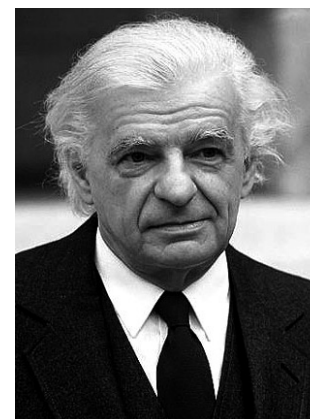
La obra de Álvarez Ortega, por lo común, se ha echado al cajón de sastre de los raros. E incluso se ha hablado de un cierto malditismo. Pero la problemática no queda resuelta tampoco de esta forma y acaso se acentúa de tratar de solventarla con estas pinceladas. Se le ha arrinconado, al tiempo que él mismo ha arrinconado a sus hermenéuticas, cuando ha sido categorizado como voz epigonal de un nihilismo alimentado de símbolos desgastados. Todo ello es cierto, pero no basta. En sentido estricto, aun acudiendo a una terminología vaga, no es un sensual ni un metafísico, si bien posee bastante de ambos; en absoluto es un místico, como tampoco un dialéctico, si es que nos ceñimos a la especial capacidad del uno y del otro para armonizar los contrarios.



No hay conciliación alguna en una voz exageradamente tensionada, sin visos de sintética resolución. Sí delirio, sí hipertrofia y acentuada gestualidad. Una expresión descoyuntada sobre la que la Guerra Civil dejó patentes heridas. Acabada la contienda, a comienzos de los 40, Álvarez Ortega se matricula en medicina, estudios que al poco sustituye por los de veterinaria, concluidos en 1948, mismo año en que publica *La huella de las cosas*, primero de sus poemarios. Se trata de un trabajo que acumula, sin desarrollar ni orientar, los motivos que con el tiempo irá explorando, pero en modo alguno resolviendo. En adelante serán recurrentes sus viajes y estancias en el norte de África y en Francia. Su

producción poética se mantendrá constante, en contraste con la pausada publicación de sus escritos; desacompañada, en todo caso, la una

 De izquierda a derecha: André Breton, Antonin Artaud, André Malraux e Yves Bonnefoy



de la otra. En paralelo, a modo de vaso comunicante, su vastísima labor de traducción crece sin medida, siendo inabarcable la lista de voces vertidas al español: André Breton, Louis Aragon, Antonin Artaud, André Malraux, Saint-John Perse, Yves Bonnefoy, Philippe Jaccottet, etc.

Nos situamos, de un salto, en los años 80. Manuel Álvarez Ortega se retira progresivamente de los círculos literarios. A decir de su amigo Juan Pastor, visiblemente desencantado. No abandona la pintura; tampoco la traducción. Su pulso poético continúa firme, pese a alguna amenaza, puntual, de renuncia. Concluye una obra tras otra y se publica en dos volúmenes, en la editorial Visor, su poesía completa. Es el año 2006. Ya a comienzos de la segunda década del siglo ven la luz, como corolario y condensación luctuosa de su voz, dos poemarios de intensidad tanatológica: *Cenizas son los días* y *Ultima necat*. El primero, en Devenir; el segundo, con el que pone punto final a su trayectoria, en Abada. Posiblemente sea en su obra de madurez donde

queden condensadas con mayor tensión las metamorfosis que tiñen de reflejos su imaginario, revelados como ilusorios señuelos escatológicos.

Concluiré estas páginas de presentación tal como las he comenzado. El estilo de Manuel Álvarez Ortega sobrepasa las pautas y acordes con los que situamos y acomodamos en la tradición a uno u otro autor. Su poesía es una anomalía, desde luego, y también una certeza. Fue hacia mediados de los años 70 cuando conoció y descubrió una afinidad con Antonio Gamoneda. Apenas se vieron en las décadas posteriores. No hubo, siquiera, una regular correspondencia, pero sí una natural complicidad. A su muerte, pasados ya los noventa años, dejó sentadas las bases para la constitución de la Fundación que hoy preserva su legado, en parte aún por descubrir. Al esfuerzo por avivar su voz contribuyen, con su generosidad y con la calidad de sus escritos, los autores que colaboran en este monográfico.

G. A.—UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

G. AGUIRRE /
RETRATO
FRAGMENTARIO
DE MANUEL
ÁLVAREZ
ORTEGA...

JUAN PASTOR / MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA: LA MIRADA ENVOLVENTE Y CIRCULAR

«Acerca tu boca a esa rosa de piedra...» y «A Juan Pastor, este libro firmado diez años después de su edición, con un abrazo», son la primera línea y la dedicatoria personal del libro *Gesta*, de Manuel Álvarez Ortega. Así pues, estamos hablando del año 1988, en febrero, fecha de la publicación del primer libro que Álvarez Ortega, como a él le gustaba que se le llamara, publicó en Devenir. Y fueron diez años después, viviendo yo ya en Madrid, cuando Manuel me dedicó su libro.

«Adjunto le envío una copia de mi libro GESTA con destino a DEVENIR». En este caso se trata del inicio de su primera carta, recibida en el mes de junio de 1987 en Barcelona, donde en aquel momento yo vivía y donde en octubre de 1984 se había iniciado el proyecto Devenir con *Sonetos*, de Gabriel Bocángel y en edición de Esther Bartolomé Pons. La carta estaba fechada en Madrid el día 3 de junio de 1987. Fue esta la primera comunicación por escrito que tuvimos.

Aunque yo ya tenía referencias y sabía de su existencia por las publicaciones y reseñas de alguno de sus libros, Manuel Álvarez Ortega estaba bastante alejado de mi círculo de atención por aquellos años. Y confieso haber tenido que consultar mis archivos para saber quién era y la verdadera proyección de quien, en aquel momento, estaba entrando en el espacio de mis intereses culturales. Esa carta y ese manuscrito, con sus significativas primeras palabras, pasaron a ser los eslabones iniciales de una cadena de acontecimientos cuyo estudio, como pretendo demostrar, puede aportar mucha luz para conocer




mejor al otro Manuel Álvarez Ortega.

Me parece necesario, ahora que conmemoramos su centenario y cuando la figura de Álvarez Ortega se está empezando a reivindicar, llamar la atención y detenerme en unos años muy concretos de su biografía que son esenciales para entender no solo el valor y trascendencia de su trabajo, como así se está ya reconociendo, sino también su posición monolítica y alguna de las intransigencias que tanto bien y tanto daño le hicieron.

Le hicieron bien en cuanto que le permitieron situarse con perspectiva y capacidad suficiente para reflexionar y centrarse en su trabajo y condición. Pero al mismo tiempo le hicieron mucho daño por la marginación a la que fue sometido bajo su aureola de intratable. Y, además, por esa leyenda negra de su carácter y formas de relacionarse con la que se le señalaba y por la que, todavía hoy, se le intenta recordar. Aunque, paradójicamente, nunca se le pudo ignorar porque la estela de su obra y la sombra que proyecta están ahí. Y a pesar del tiempo transcurrido, su recuerdo y reconocimiento persiste porque su trabajo, coherencia y actitud fueron impecables.

Me estoy refiriendo, y quiero poner el foco en ello, a la década de los ochenta. Me parece que estoy en condiciones de afirmar que el estudio y la penetración en la memoria de esos años nos podrían dar muchas claves para entender su posicionamiento, su salida por decisión y voluntad propia de la escena y del convulso panorama literario. Y casi me atrevería a decir que esa atenta mirada también nos ayuda-

 Manuel Álvarez Ortega con Juan Pastor en el Café Gijón de Madrid, mayo 1999

